

SERMÓN

PREDICADO EN SANTA MARÍA DE ALCOY

EL DÍA 29 DE JUNIO DE 1927

..... POR EL

Dr. D. Enrique Abad Vilaplana

CAPELLAN DECANO DE DICHA PARROQUIA

CON MOTIVO DE LAS

BODAS DE ORO

DEL HOSPITAL CIVIL DE OLIVER



ALCOY

Imp. ISMAEL VILAPLANA

1927

12



**OBRA DE CONSULTA
EXCLOSA DE PRÉSTEC**

NO SE PRESTA

282
ABA
ser

Coupe
Dev



SERMÓN

PREDICADO EN SANTA MARÍA DE ALCOY

EL DÍA 29 DE JUNIO DE 1927

..... POR EL

Dr. D. Enrique Abad Vilaplana

CAPELLÁN DECANO DE DICHA PARROQUIA

CON MOTIVO DE LAS

BODAS DE ORO

DEL HOSPITAL CIVIL DE OLIVER



ALCOY

Imp. ISMAEL VILAPLANA

1927

R-24.512

La Comisión de Beneficencia del Excelentísimo Ayuntamiento de Alcoy, organizadora de los solemnes festejos celebrados con motivo de las **Bodas de Oro** del Hospital Civil Municipal de Oliver, acordó sufragar los gastos de impresión de esta notable oración sagrada con la aprobación del Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis.

CENSURA

Nihil Obstat

Dr. Gaspar Archent
Canónigo

Imprimatur

Miguel Payá Alonso
Vicario General

Valencia 3 de Agosto de 1927.



AVE MARÍA

Pertransit benefaciendo et sanando omnes. — Pasó por el mundo haciendo bien y curando enfermos.

Act. Ap. cap. 10 vers. 38.

¡Admirable es Dios en todas sus obras!.... *Excelentísimo Señor, reverendos Ministros del Santuario, respetables representantes de Gremios, Corporaciones y entidades invitadas.*

¡Admirable es Dios!.... Ese Dios infinitamente pródigo que ha encendido en la inmensidad del espacio una lámpara de fuego que ocupa el centro de nuestro sistema planetario y derrama sobre la tierra torrentes de luz y de calor, inoculando elementos de vida en todos los seres animados.

¡Admirable es Dios!... Ese Dios soberano que plácidamente riza las olas del mar en los días de la calma y las agita estrepitosamente formando de ellas, como montañas de cristal, en las horas de la tormenta.

¡Admirable es Dios!... Ese Dios omnipotente que

viste de tornasoladas plumas a las aves, de variados matices a las flores y de esmeráldica alfombra los montes y los valles.

¡Admirable es Dios!... Ese Dios que se manifiesta majestuoso e imponente en el ronco trueno que retumba, en las llamaradas del relámpago que ciegan, en el viento huracanado que desgaja los añosos árboles y en el rayo que culebrea por el anchuroso espacio cargado de electricidad.

¡Admirable es Dios!..... Ese Dios infinitamente espléndido que ha regalado al hombre un mundo físico lleno de encantos, como si fuera un colosal museo, un suntuoso alcázar, digno de su elevada estirpe.

Yo no sé por qué hay hombres que tienen ojos y no ven las maravillas del Universo, tienen oídos y no oyen las armonías de la Creación, tienen lengua y no alaban las grandezas de ese mundo físico creado y dirigido constantemente por la mano de la Providencia.

Pero no hay punto de comparación, señores, entre el mundo físico y el mundo moral. Para crear Dios el mundo físico no empleó más que una palabra, un suspiro, un deseo de su voluntad soberana: *Fiat, hágase* y fué hecho. Mas, para crear Dios el mundo moral hizo más, mucho más: le pareció congruente bajar de su Cielo, nacer como hombre entre los hombres, vivir con ellos por espacio de treinta y tres años y morir como Mártir de los mártires en la Cruz del Calvario.

Como monumento y recuerdo imperecedero de esta apopeya divina, instituyó el apostolado de su Iglesia.

Un día se hallaba Jesús rodeado de sus queridos discípulos y amados confidentes, y dirigiéndose particularmente a Pedro le hizo una pregunta interesante y misteriosa: «Pedro, me amas más que éstos?» No titubeó Pedro en contestar inmediata y categóricamente diciendo: «Señor, tú que lo conoces todo, bien sabes que te amo».

Este hermoso diálogo de sublime ternura acompañado del ritmo amoroso del corazón, se repitió por tres veces. ¡Ah señores!... Es que Jesús estaba echando entonces los cimientos de su Iglesia, y antes de conferir a Pedro el Primado de honor y de jurisdicción, antes de confirmarle en el cargo más elevado del mundo, quiso exigirle, como garantía esencial, el amor. El amor es el fundamento de la Iglesia. Amor exige en los que la gobiernan, amor quiere que haya en los gobernados, amor de unos a otros, amor de todos a Dios. La Iglesia, señores, es la sociedad del amor.

Aunque las pasiones humanas se levanten a veces como olas embravecidas en el mar revuelto del mundo, sin embargo siempre permanecerá grabado con caracteres indelebles el sello del amor en el corazón de la Iglesia, que a imitación de su divino Fundador pasó por el mundo haciendo bien. «Pertransit benefaciendo».

Hoy precisamente celebramos con alegría y entusiasmo emocionante una fecha de gratos recuerdos para los hijos de Alcoy al cumplirse el quincuagésimo aniversario en que se levantó en nuestra Ciudad un magnífico palacio a la pobreza para enjugar las lágrimas

mas de los que lloran, recoger los suspiros de los que sufren y restañar las heridas de los que caen sin fuerzas y desamparados en el lecho del dolor.

La Excm. Corporación Municipal, interpretando el sentir unánime de Alcoy, ha tenido a bien escoger la solemnidad de este día para celebrar religiosamente las Bodas de Oro de la inauguración del Hospital Civil de Oliver, habiéndome designado para ocupar esta tribuna santa en una ocasión tan solemne como la presente.

Para encauzar, pues, el curso de mis ideas, esta mañana os hablaré de *«la acción constante del amor que la Iglesia ha ejercido en las instituciones que ha creado en beneficio de la humanidad.»*

Contando con vuestra reconocida indulgencia

EMPIEZO.

La Iglesia, institución divina

La Iglesia católica, señores, es la más sólida de todas las instituciones, porque tiene por base fundamental el poder divino

Cerca de veinte siglos han transcurrido desde que la Iglesia escribió con la preciosa sangre del martirio la primera página de su brillante historia, y desde entonces hasta la hora presente han desfilado por este planeta nutridas y vigorosas generaciones, han pasado hombres extraordinarios que, con vuelos de águila, han escalado la cumbre de la ciencia, han pasado artistas geniales que, con sus paletas teñidas de fama, fueron honra y prez de su patria, han

pasado guerreros portentosos que, con sus espadas centelleantes de gloria, sometieron a su dominio pueblos y naciones enteras, han pasado legisladores y estadistas insignes que civilizaron imperios con sus códigos bien estudiados y mejor traducidos a la práctica, han pasado, en una palabra, poderosas dinastías y sistemas de gobierno que tuvieron simpatías y aceptación general.

Todo ha pasado, señores, y se ha hundido en el panteón del recuerdo, mereciendo solamente este triste y breve epitafio: «Sic transit gloria mundi» así pasa la gloria del mundo.

Sin embargo, una escepción verdaderamente maravillosa nos ofrece la historia que debiera llamar poderosamente la atención de los hombres pensadores, cualquiera que sea su ideario o su credo. Mientras todo se bambolea y cae al rodar de los tiempos, mientras el aquilón furioso de los siglos barre de este planeta las generaciones, como hojas caídas del árbol de la vida, y las sepulta en el fondo de las necrópolis, mientras se arruinan soberbios palacios de mármol, casas solariegas de encumbrada progenie y se oxidan recios monumentos de bronce, una institución permanece en pie a través de los siglos sin ostentar las huellas de aniquiladoras vicisitudes, una institución es la que ha tenido el singular privilegio de asistir a los funerales de casi veinte generaciones y también llegará, según promesa divina, a la cúspide la historia, a la consumación de los siglos, ondeando la bandera del triunfo sobre los fríos sepulcros de sus perseguidores y verdugos.

Esa institución a que me refiero, esa persona moral que sobrevive a todas las catástrofes mundiales es la Iglesia católica edificada sobre un fundamento eternamente sólido, sobre una piedra inmovible, sobre una base firme y permanente que es Pedro, el primer Pontífice máximo que empuñó las riendas del gobierno cristiano, la cabeza visible de la Iglesia puesta por Dios, como lazo de unión entre el Cielo y la tierra.

Acción civilizadora de la Iglesia

La Iglesia, como institución divina, ha ejercido siempre una acción bienhechora en favor de la humanidad, ora iluminando las inteligencias con los resplandores inextinguibles de la fé y de la ciencia, ora purificando de toda escoria los corazones con el fuego sagrado del amor y de la gracia.

Abrid las páginas de la Historia, de ese monumento mudo, pero elocuente que tiene archivados todos los acontecimientos más notables y allí veréis siempre a la Iglesia sentada en su cátedra, orientando y dirigiendo sabiamente las inteligencias desde los tiempos apostólicos a nuestros días.

Aquellos rudos pescadores de la Palestina que a raíz de la muerte trágica de su Maestro se hallaban escondidos y amilanados en el Cenáculo, tan pronto como recibieron el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, salieron impávidos por las calles de Jerusalén y empezaron a predicar con entusiasmo la doctrina del Crucificado. San Pedro en el primer sermón convirtió a la fé cristiana tres mil judíos, y en el segundo,

cinco mil. Se despidieron los apóstoles unos de otros para recorrer palmo a palmo el mundo, quizás para no volverse a ver, y Juan marchó al Asia Menor, Felipe al Asia Mayor, Andrés predicó a los escitas, Tomás a los partos y a los indios, Simón y Judas Tadeo a los de Persia, Marcos a los de Italia, Pablo a los griegos y franceses y Santiago a los españoles. El resultado de esta campaña, al parecer forjada en un momento de locura, no pudo ser más brillante, el éxito no pudo ser más lisonjero para estos operarios fervorosos del Evangelio. En el siglo primero, la doctrina cristiana era conocida en casi todas las regiones; en el siglo segundo, no había pueblo que no invocase al Crucificado, y en el siglo tercero, el mundo se hallaba en pleno Cristianismo. Por eso, el apologista Tertuliano decía a sus coetáneos: «Somos de ayer, y lo llenamos todo, las ciudades, las villas, las aldeas, los palacios, las cabañas, la Magistratura y el Ejército. Solitarios hemos dejado los templos idólatricos.»

No es necesario, señores que me esfuerce en pintar con vivos colores el grandioso cuadro de la acción civilizadora de la Iglesia en las edades antigua y media; porque basta solamente recordar las renombradas escuelas de Atenas y Alejandría, emporios entonces del saber humano, los doctos escritos de los Santos Padres y los sabios decretos de los Concilios primitivos para convencernos de que la Iglesia ha sido siempre un foco esplendente que ha irradiado oleadas inmensas de luz sobre las inteligencias humanas.

Los que, por ignorancia o malicia sectaria, acusan a la Iglesia de oscurantista y retrógrada, como siempre han corrido el espantoso ridículo de ponerse en abierta contradicción con los hechos que no se pueden negar.

No es un secreto para nadie que haya estudiado medianamente la Historia, que hubo una época en que los conocimientos humanos eran posesión exclusiva de la Iglesia.

Hablo de aquella época en que los monasterios eran las únicas fuentes del saber a donde acudían los amantes de la ilustración a beber los copiosos raudales de la ciencia. La Iglesia, como esforzada heroína, salvó a la venida de los bárbaros, tesoros de ciencia en el revuelto mar de aquella terrible tempestad y se ocupó en copiar sobre pergaminos los conocimientos adquiridos por un estudio constante, de tal suerte que no podríamos ahora gloriarnos de nuestro progreso científico, si la Iglesia no hubiese reclutado bajo los atrios de los monasterios a una falange de hombres abnegados que prepararon el andamio para enriquecer y perfeccionar el templo de la ciencia.

A la Iglesia, señores, tenemos que agradecer notables producciones intelectuales que se conservan, como oro en paño, en las bibliotecas y archivos. A la Iglesia somos deudores de famosas academias y célebres universidades erigidas para el desarrollo de los conocimientos humanos. Díganlo sinó la universidad de Valencia fundada por San Vicente Ferrer, la de Santiago fundada por fray Diego de Muros, la de Avila por fray Tomás de Torquemada, la de Sala-

manca por el insigne Cardenal Cisneros, la de Toledo por el canónigo Francisco Alvarez, la de Tarragona por el Arzobispo D. Gaspar Cervantes, la de Osma por el Obispo D. Pedro De-Costa, la de Sigüenza por el Arcediano López de Medina, sin contar los centros académicos fundados por Juan de Avila en Baeza, por Francisco de Borja en Gandía y otros muchos, cuyo catálogo sería interminable.

La Iglesia ha ido siempre tremolando la bandera heráldica de la civilización y del progreso en todas sus manifestaciones, y ahí tenéis al franciscano Rogério Bacón que en la soledad de su celda y cabe la mesa del estudio dió con la clave del microscopio y telescopio y fué el inventor de las máquinas de vapor en los navíos. El obispo Galen inventó las bombas, el diácono Flavio de Giola inventó la brújula, el monje Despina los anteojos, el papa Silvestre II el péndulo del reloj, y en esa vasta galería de hombres sabios hallaremos hoy las gloriosas figuras del P. Almeida y del alcoyano P. Vitoria, verdaderos prestigios científicos, cuyos nombres son muy conocidos y celebrados en todo el mundo civilizado.

La Iglesia hoy, lo mismo que ayer extiende el radio de su acción civilizadora por las selvas laberínticas de la Oceanía, por las abrasadas arenas del Africa y por las dilatadas regiones de la India y de la China, organizando ejércitos de misioneros que se internan en países salvajes, con los pies descalzos y la cruz en la mano, dejando en el camino jirones de su tosco sayal prendidos en las zarzas del bosque y en el árbol de su voluntario sacrificio personal.

La Iglesia, por medio de sus sabios como Agustín, Tomás de Aquino, Suarez, Cano, Maldonado, Toledo, Feijoó, Sarmiento y otros mil, es la que ha trazado a la ciencia universal el derrotero que todavía hoy recorren los talentos más encumbrados.

Y por lo que a nuestra España se refiere, es mucho, muchísimo lo que tiene que agradecerle a la Iglesia, puesto que, según frase de un famoso orador, «España rota en Guadalete y refugiada en Covadonga, descendió de allí para engarzar los mares, como esmeraldas, en sus sandalias, y los soles, como diamantes, en su corona.»

Y en efecto, señores: Europa llegó a ser española en Cerdeña y en Sicilia, en Nápoles y en Milán, en Constantinopla y en Atenas.

Africa, como preciosa cautiva del gran Cisneros, obedecía a España en Orán.

Asia entregó a España en pleno dominio el puerto de Colombau poblado de hermosos huertos, los parajes de Camanor y Cochín con sus palacios y fortalezas, y la inmensa ribera del Océano Indico con sus bosques de laureles, sus praderas vírgenes y sus torrentes bulliciosos.

América le brindó las pintorescas costas de la Florida, el imperio mejicano de exuberante vegetación y de riqueza inexplorada, las Californias, minas de tesoros incalculables, Chile y Perú de límpido cielo y tierra fértil, Brasil y Paraguay hasta la Patagonia, y como broche de oro y de rica pedrería, tuvo España centenares de islas en donde ondeaba el pabellón nacional ornamentado con la Cruz del Calvario.



Acción bienhechora de la Iglesia

Pero la Iglesia no es solamente cátedra civilizadora de las inteligencias, sino que además es piscina de salud para los seres desgraciados que buscan bajo sus pórticos albergue y remedio a sus miserias y dolencias.

Verdaderas piscinas de salud son *los hospitales*, esas moradas del sufrimiento, esas casas del dolor, esos palacios que protegen todos los desamparos, todas las enfermedades y todas las desgracias.

Pues bien: el hospital es en su origen obra exclusiva de la Iglesia. A mediados del siglo tercero, San Lorenzo, jefe de los diáconos recogió en Roma gran número de enfermos y los puso bajo su tutela en un edificio levantado a expensas de la naciente Iglesia. En el año 380 se construyó otro hospital con bienes de Fabiola, dama romana, distinguida por su piedad acrisolada.

Poco después multiplicáronse esta clase de establecimientos en toda Europa, especialmente en el siglo XI en que aparecieron las órdenes hospitalarias consagradas al cuidado de los enfermos. Hasta bien entrada la edad moderna, estuvieron los hospitales bajo la égida y dirección de la Iglesia.

Desde el siglo XIX empiezan los gobiernos a intervenir en los hospitales, poniéndolos bajo su vigilancia y dictando disposiciones de policía sobre los mismos.

En la actualidad, con los adelantos visibles de la Higiene y con el desarrollo de la acción benéfica y

social, los hospitales se han perfeccionado con todas las exigencias de la vida moderna. Pavimentos embaldosados, paredes estucadas o barnizadas, ventilación, limpieza, iluminación y calefacción convenientes, salas de operaciones, gabinetes de radioscopia y radioterapia, laboratorios de análisis químico y bacteriológico.

Y al llegar aquí, señores, permitidme que interrumpa mi excursión histórica y me interne en el solar bendito de nuestra querida patria; permitidme que rinda desde esta tribuna santa un ferviente tributo de admiración y elogio al grandioso hospital de Alcoy, uno de los mejores de España por su sólida y artística construcción, por sus condiciones higiénicas y por las mejoras introducidas en él con otras que tiene en proyecto la incansable Comisión de Beneficencia.

Y al hablar de nuestro Hospital, es preciso evocar la memoria de su benemérito fundador, de aquel hidalgo caballero, de aquel prócer caritativo D. Agustín Oliver y Doménech que otorgó su testamento en Barcelona ante Notario público, destinando sus cuantiosos bienes de fortuna para obras benéficas en Alcoy, e instituyendo herederos de su confianza y ejecutores testamentarios a los malogrados caballeros D. José Puig Cobos y D. Mariano Gonzalez Dueñas, comendadores de la Orden de Carlos III.

Recuerdo histórico

Una explosión de júbilo y de entusiasmo popular rayano en delirio se dejó sentir en Alcoy el día 1.º de

Julio de 1877 con motivo de la inauguración solemne de nuestro Hospital.

Con asistencia del entonces M. I. Ayuntamiento y demás autoridades, gremios y corporaciones se celebró en este templo parroquial solemnisima fiesta en honor de Nuestra Señora de los Desamparados, patrona del nuevo Hospital, como lo había sido de los antiguos, oficiando en la Misa de medio Pontifical el Ilustrísimo Sr. Obispo de Almería y siendo celebrante el M. I. Sr. D. Manuel Benloch, canónigo arcipreste de la Metropolitana de Valencia y Cura Párroco que fué antes de esta Iglesia. Pronunció una elocuente y conmovedora oración sagrada el entonces Cura Economo Dr. D. José Terol Llopis y la parte musical estuvo a cargo de las capillas «Primitiva» y «Nueva» que ya rivalizaban a la sazón en entusiasmo y gusto artístico.

Por la tarde se verificó la procesión solemne y traslado de enfermos desde el Hospital antiguo al nuevo. En el desfile de esta imponente manifestación religiosa figuraban un piquete de guardia civil de caballería que abría la marcha, siguiendo los enfermos convalecientes de ambos sexos, la Hermandad de caballeros del Santo Hospital de los cuales sobreviven dos en la actualidad, los fervientes católicos D. José Cerdá y D. Antonio Matarredona; seguían los coches y camillas de enfermos que eran llevadas por socios del Círculo Católico de Obreros, la Reverenda Comunidad de Hermanas Carmelitas de la Caridad, de las que todavía queda entre nosotros la venerable Hermana Casimira, seguían luego los Gre-

mios con sus pendones, los Rvdos. Cleros con la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, presidiendo tan nutrido cortejo la Corporación Municipal en la que iban ocupando un sitio de honor los señores testamentarios escoltados por un piquete de infantería de guarnición en esta plaza.

En todo el trayecto que recorrió la procesión se vió una apiñada aglomeración de espectadores en cuyos semblantes se reflejaba la alegría interior del corazón, los balcones aparecieron engalanados con llamativas colgaduras, cayeron verdaderas lluvias de flores y resmas de versos alusivos al acto, algunos de ellos compuestos por el laureado vate alcoyano D. Gonzalo Cantó Vilaplana, soltáronse seiscientos pares de palomas y más de mil pájaros con cintas y cascabeles, y desde el puente de Cristina donde se alzaba un arco triunfal de mirto hasta el nuevo Hospital lucían de trecho en trecho vistosos gallardetes y flotantes banderolas.

El entusiasmo fué desbordante en aclamaciones a la Virgen de los Desamparados al tomar posesión los enfermos de su nuevo palacio, brotando al mismo tiempo de todos los labios palabras candentes de bendición para el difunto fundador del Hospital D. Agustín Oliver y su malograda hermana Petronila, y también fueron aclamados con entusiasmo los señores testamentarios, a quienes en sesión pública y extraordinaria nombró el Ayuntamiento hijos predilectos y beneméritos de esta Ciudad.

Este es el acontecimiento, Excmo. Sr., este es el acontecimiento de verdadera trascendencia que hoy

conmemoramos; porque el Hospital de Alcoy es un esbelto alcázar que la caridad cristiana ha levantado al infortunio, supliendo la tutela y buen trato que muchos enfermos no pueden tener en sus domicilios por carecer de medios y condiciones adecuadas.

Son incalculables los grandes servicios que durante cincuenta años ha prestado este benéfico Establecimiento no solamente a nuestra Ciudad, sino también a los pueblos comarcanos en días de crisis y épocas de epidemia.

Con razón se puede afirmar que este Hospital es una piscina de salud para los enfermos de cuerpo y alma; porque el competente personal facultativo con los adelantos de Ciencia médica y especialmente de la Cirujía ha salvado y está salvando muchas vidas amenazadas de muerte, y como asistencia, consuelo y aliento de los que se hallan a los bordes del sepulcro están las religiosas carmelitas, esos ángeles en carne humana que sufren silenciosamente las inperitencias de algunos ingratos y desamorados.

Fotografía de la acción de la Iglesia

La Iglesia ha escogido para el oficio divino de este día aquel emocionante pasaje que consta en las Actas de los apóstoles y que por sí solo, retrata con exactitud la acción bienhechora de la Iglesia católica en el decurso de los siglos.

Me refiero al pobre y desvalido de la puerta hermosa del templo de Salomón que todos los días se colocaba en el dintel de aquel pórtico y con voz plañidera recababa de los corazones compasivos una li-

mosna que recogía alargando su mano trémula y desfallecida.

Entraron los apóstoles Pedro y Juan en el templo para hacer oración y aquel pobrecito, creyendo que ellos eran dos hombres favorecidos por la fortuna, les pidió con acento sentimental una limosna. Pedro movido a compasión ante aquel ser inútil, le dijo: «No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo: levántate y anda en nombre de Jesús Nazareno».

He aquí, señores, una fotografía en pequeño de la acción bienhechora que la Iglesia ha ejercido siempre: imprimir movimiento, levantar del lecho del dolor a los enfermos de cuerpo y alma que en el mundo han sido.

Y primeramente es Pedro el que hace andar milagrosamente al pobre cojo que se hallaba inspirando lástima en la puerta hermosa del templo, y después es Silvestre el que cura radicalmente la lepra al emperador Constantino y luego es Gelasio el que reparte todo el trigo de la Toscana, patrimonio entonces de la Silla apostólica, entre los hambrientos de Italia y después es Gregorio el que sienta a su lado en amplios comedores a los pordioseros y peregrinos que carecen del sustento diario, y luego es Pelagio el que asiste personalmente a los atacados de la peste en Roma, muriendo él víctima del contagio, y pasando por alto, un catálogo que sería interminable de Pontífices bienhechores, recordemos al gran León XIII, adalid esforzado, defensor infatigable de los obreros que se interesa en sus luminosas Encíclicas por el mejoramiento moral y material del proletariado,

recordemos al papa Pío X, el fervoroso restaurador de todas las cosas en Cristo, al Papa Benedicto XV, el gran diplomático que envía crecidas sumas de liras a los niños hambrientos de Rusia, víctimas de la guerra europea y del soviétismo y últimamente fijémos la atención en el Pontífice actual Pío XI que invierte millones cada año, en la obra magna de las misiones católicas.

Señores: siempre ha ido la Iglesia a la vanguardia de las obras benéficas, siempre se le ha visto pasar por el mundo haciendo bien, y a la manera que las aguas de los ríos provienen del mar y después de fertilizar los terrenos por donde pasan, van a desembocar en el mar, así también los bienes de la Iglesia salen del corazón caritativo del pueblo, pasan por el Vaticano, siendo bendecidos por la mano del Vicario de Jesucristo y vuelven a parar al pueblo que sufre, al pueblo que llora, al pueblo que necesita pedazos de pan y hojas de Catecismo.

La Iglesia que es la sociedad perfecta del amor inspiró en la última etapa de su vida al acaudalado caballero D. Agustín Oliver la espontánea y sincera expresión de su voluntad, destinando su pingüe patrimonio en beneficio de los pobres de Alcoy y también inspiró a sus herederos fiduciarios el hermoso pensamiento de levantar en nuestra Ciudad el grandioso Hospital, cuyas Bodas de Oro hoy celebramos bajo los arcos del templo perfumados de incienso y ante la imagen veneranda de Nuestra Señora de los Desamparados, excelsa patrona de este benéfico Establecimiento.

Anécdota oportuna

Voy a terminar, señores, con una anécdota del célebre filósofo griego Aristóteles.

Este amante de la sabiduría estaba plenamente convencido de que toda su ciencia y todo su porvenir lo debía a su maestro Platón. En vida le amaba como a un padre, le veneraba como a un semidiós y nunca se atrevió a levantar su cabeza para mirarle cara a cara en señal de respeto y sumisión. Cuando la guadaña inexorable de la muerte segó de un solo golpe la preciosa vida de Platón, su reconocido discípulo lo sintió tan vivamente que no cesaba de llorar; mas no contento con esta demostración de profundo sentimiento, considerando que las lágrimas se evaporan, como las gotas del rocío, y la mano destructora del tiempo suele romper la mas consistente cadena del recuerdo y del amor, hizo levantar en el templo de la Sabiduría una estatua de jaspe, en cuyo pedestal grabó con letras de oro estas palabras: «Platón, hé aquí el gran protector de la ciencia a quien los griegos nunca deben olvidar.»

Este arranque de entusiasmo, esta gallarda manifestación de simpatía y gratitud póstuma que hizo Aristóteles por su bienquerido maestro, la veo todavía más justificada en los hijos de Alcoy con respecto al benemérito fundador del Hospital.

Yo brindo desde este lugar sagrado al Excelentísimo Ayuntamiento y en particular, a la Comisión de Beneficencia que tiene bien acreditado su celo y mejor demostrada su fecunda actividad en pró de los in-

tereses morales y materiales de Alcoy, yo les brindo desde este lugar sagrado una idea que ha cruzado por mi mente y cuya realización hallaría seguramente eco favorable en todos los pechos alcoyanos y es, la de terminar las obras paralizadas del pabellón de tuberculosos, colocando en su frontispicio una estatua con esta inscripción: «D. Agustín Oliver, hé aquí el gran protector de los pobres enfermos a quien los alcoyanos nunca deben olvidar.»

Hay idiomas, señores, que sin necesidad de estudiar Gramática, todos hablamos y todos entendemos.

La música es un idioma universal que se habla y se entiende en todos los países. Las armonías embriagadoras de los grandes genios del arte son entendidas y admiradas en todas las partes del mundo civilizado.

Lo mismo acontece con la gratitud que es otro idioma del corazón, idioma universal; porque se habla y se entiende perfectamente allí donde palpita un corazón racional.

La gratitud es un lenguaje secreto, más elocuente y expresivo que la palabra hablada o escrita; porque a veces, una mirada de los ojos, una sonrisa de los labios, un suspiro del corazón y una lágrima callada que resbala por las mejillas, dicen más, expresan más los sentimientos del alma que las mejores frases del Diccionario. Por eso, habréis visto personas tan profundamente agradecidas delante de sus bienhechores que, faltándoles palabras en los labios, se han limitado a verter silenciosamente lágrimas de los

ojos, y con ellas, lo han dicho todo, lo han expresado todo, y tanto el bienhechor como el beneficiado se han entendido perfectamente.

La gratitud es hija de corazones bien nacidos, y esta gratitud no debe faltar en el corazón del pueblo de Alcoy con respecto al generoso fundador de nuestro magnífico Hospital; porque los grandes hombres, los bienhechores de la humanidad tienen derecho al recuerdo, al aplauso y al reconocimiento de la posteridad.

Es cierto, por desgracia, que hay en el mundo corazones ingratos, corazones desamorados que responden con desdenes a las caricias y suelen pagar los beneficios recibidos con la falsa moneda del olvido, de la indiferencia y hasta del desprecio; pero esos corazones ingratos son escepciones monstruosas de la regla general.

Así como el imán tiene la propiedad de atraer al acero por duro que sea, así también la memoria del favor alcanzado atrae irresistiblemente el testimonio de la gratitud.

Con este precioso idioma del alma habla hoy nuestra querida patria, celebrando con esplendor inusitado las Bodas de Oro de la fundación del Hospital, monumento levantado por el amor cristiano a los seres desvalidos y desamparados.

He terminado, señores, y solamente me resta elevar ante el altar santo una ferviente plegaria en nombre de Alcoy, depositándola, como ofrenda espiritual, a los pies de la Virgen.



SÚPLICA

¡Madre de los Desamparados! Con este título tan simpático y tan venerado en todo el reino de Valencia apareces en los asilos benéficos, cobijando bajo tu manto bordado de misericordia a los seres infortunados y dándoles el consuelo, el sustento y el amparo que el mundo a veces les niega con estoica indiferencia.

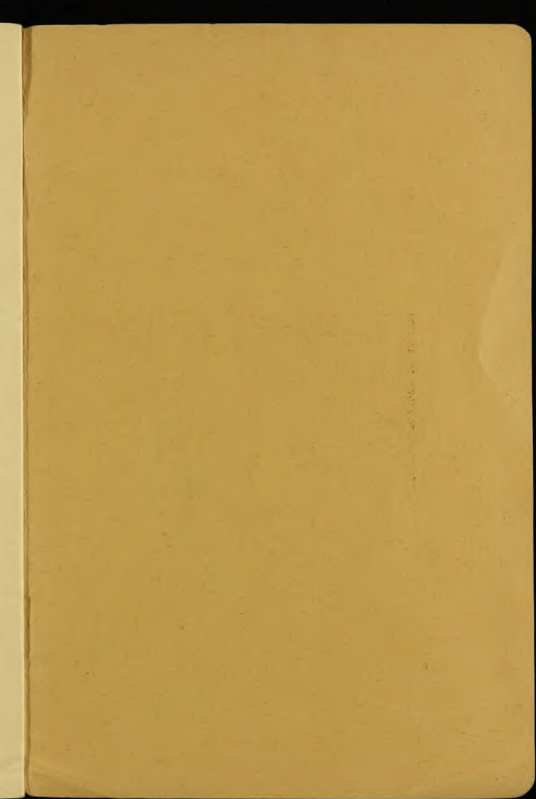
Ninguna Religión ha dicho: «Amarás a tu prójimo tanto como a tí mismo»: ninguna Religión se ha preocupado y se ha decidido a curar las llagas del dolor con el bálsamo de la caridad sin ostentaciones vanidosas de egoísmo personal. Nuestra Religión solamente ha levantado templos y altares a una mujer que se llama Reina y Madre de Desamparados, y ésto, no como un símbolo, sino como una realidad; porque allí donde no llega, ni puede llegar el brazo de la justicia social para cicatrizar las hondas heridas del pamperismo y del desamparo, allí llega, Virgen santa, tu mano generosa que llama y despierta los corazones de los ricos para que con su desprendimiento levanten asilos y hospitales, como palacios magníficos a la pobreza desamparada.

Recibe pues, Madre querida, en este día tan solemne y de gratísimos recuerdos, el rendido homenaje de veneración que te ofrenda el Excelentísimo Ayuntamiento en nombre de todo Alcoy, y deja caer de tus manos purísimas, amorosas bendiciones de sufragio para el inolvidable fundador de

nuestro Hospital y para los ejecutores testamentarios que traspasaron los umbrales del sepulcro.

¡Madre de los Desamparados! Bendice hoy también a todos los que habitan bajo el techo de tu benéfica Casa, a los enfermos hospitalizados, a la Reverenda Comunidad de Hermanas Carmelitas de la Caridad, al celoso capellán Director y a las Hermandades de caballeros y señoras que prestan señalados servicios de laudable misericordia a los enfermos. Bendice a tu pueblo de Alcoy, a los que mandan y a los que obedecen, a los que te aman y a los que viven olvidados de tí, a todos; por que al fin y a la postre, todos son hijos tuyos, y que sea tu amorosa bendición, lazo hermosísimo de unión, de amor y verdadera fraternidad para los corazones en la tierra y garantía valiosa de eterna predestinación en el palacio de la Gloria. Así sea.







Aspecto exterior del Hospital Civil Municipal de Alcoy.

24.5